

La mesa del domingo

*www.seculorum.es. Tertia Opera. Año XIV N° 33
Domingo XVIII Ordinario. Ciclo -B- 02 de agosto de 2015*

JESÚS ES EL PAN QUE VIENE DEL PADRE

El resumen de lo que nos quiere enseñar este evangelio es que Jesús nos trae los dones de Dios (“la vida”) y que en él encontramos todo lo que viene del Padre (“del cielo”). Si nos fijamos detenidamente -ya lo apuntábamos el domingo anterior-, veremos que el diálogo de hoy entre Jesús y la gente tiene ciertos paralelismos con el diálogo entre Jesús y la samaritana. Allí, Jesús era el agua de la vida eterna; hoy es el pan de la vida eterna. Incluso podríamos añadir, pensando en el texto de las bodas de Caná (todos ellos textos propios del cuarto evangelio), que Jesús es vino, el vino nuevo, el vino bueno. En Jesús está la fuente de todo aquello que procede del Padre. O, dicho de otra manera, Dios nos adelanta en su Hijo Jesús todo aquello que hasta entonces estaba reservado únicamente para la eternidad. Esa eternidad comienza ya aquí y ahora con el ser, con la persona de Jesús. Agua, vino, pan son elementos con los que se puede vivir esta vida, pero, mediante la fe en Jesús y su acción sobre ellos, se convierten en signos de los bienes eternos que nos acompañan ya en nuestro caminar cotidiano. El agua del bautismo nos abre la puerta de la vida eterna; el pan y el vino de la Eucaristía nos abren a la realidad del banquete del cielo.

En el texto evangélico que vemos en la liturgia de este domingo, la gente que participó en la multiplicación de los panes busca a Jesús y lo encuentran en Cafarnaún. Sin embargo, Jesús va a sembrar la duda acerca del motivo por el que le buscan. Lamentablemente, no es porque hayan entendido lo que Jesús hizo allí, sino “porque comisteis pan hasta saciaros”. Quizás lo hacen deslumbrados por lo extraordinario del acontecimiento, pero no han visto en ello algo trascendente; se han quedado en la materialidad del pan que han tomado. No han visto en ello una acción de Dios ni han reconocido en Jesús a un enviado del Padre. Jesús ha actuado pero su acción no ha sido entendida. Jesús contrapone entonces el “pan que perece” al “pan que perdura” e invita a trabajar por obtener este último. Aclara también que ese pan se lo dará el Hijo del Hombre, enviado por el Padre. Jesús se refiere a sí mismo pero sus interlocutores hacen la pregunta no acerca de Jesús, sino acerca del trabajo: “¿Cómo podremos ocuparnos de los trabajos que Dios quiere?” Y la respuesta de Jesús es un nuevo intento de poner en él la centralidad de la conversación: “El trabajo que Dios quiere es que creáis en el que él ha enviado”. Se da una resistencia manifiesta del auditorio por entrar en el terreno que Jesús les propone para la conversación. Le plantean un reto, un desafío; le piden un signo y

apelan al maná como garantía de que Dios estaba con ellos citando el salmo “les dio a comer pan del cielo”. Jesús responde tomando la literalidad de la expresión para declararse Hijo de Dios apelando a que es su Padre el que AHORA les da el verdadero pan del cielo. La contraposición de los tiempos pasado y presente trae a la actualidad algo que ellos refieren a otros tiempos. El pan del cielo es Jesús; viene ahora, en este momento y se lo da a quien le escucha. Eso puede ser que también nos ocurra a nosotros; que estemos pensando en que Jesús era el pan del cielo para los que estaban hablando con él, pero entonces se hace también actual para nosotros; Jesús es el pan de la vida eterna que, enviado desde del Padre, se hace para cada uno primicia de eternidad. Esa vida que va ligada a la presencia de Jesús y a su procedencia del Padre no se ve con los ojos físicos sino mediante la fe y la mirada trascendente. La expresión puesta en boca de la gente cuando dicen: “Señor, danos siempre de ese pan”, es una expresión calcada de la que la samaritana le dice a Jesús: “Danos siempre de ese agua”. También aquí la respuesta de Jesús es similar a la que le dice a la mujer junto al pozo: “El que viene a mí no pasará hambre y el que cree en mí no pasará nunca sed”. Jesús, su persona, su misión, su presencia, su actuación, es capaz de colmar y de saciar todo tipo de hambre y de sed en los seres humanos.

La centralidad de la persona de Jesús en nuestra fe es determinante. Su ser Hijo de Dios, su envío al mundo por el Padre, su misión entre nosotros nos colma, nos sacia, nos abre a otro modo de contemplar la vida; nos abre a la relación con el Padre, nos abre a la eternidad. Quien cree en Jesús y se acerca a él entenderá bien todo esto porque no pasará hambre ni sed. El alimento que perdura es Jesús mismo. Quien se alimenta de él, accede a los dones divinos. No necesitará más.

P. JUAN SEGURA

www.seculorum.es

